



RENÉ DESCARTES

Suele decirse que con Descartes se inauguró la Filosofía Moderna. La filosofía anterior (antigua y medieval) era una filosofía realista, era una filosofía cercana al “sentido común”. Se pensaba que la realidad estaba situada fuera del individuo y que podía ser conocida con bastante exactitud. Se cree que las cosas están ahí y que pueden conocerse tal y como son.

Con Descartes se produce un giro hacia el interior que ya se había iniciado durante la Edad Media y se continuó en el Renacimiento. Para Descartes y para la Filosofía Moderna lo importante no es el mundo o la realidad externa, lo importante es el modo en que cualquier sujeto puede conocer esa realidad. Lo importante es el modo en que el sujeto construye el conocimiento. Es así como, frente al Realismo anterior comienza a imponerse un Subjetivismo.



En la filosofía clásica, en Platón, las Ideas eran realidades independientes. En la Filosofía Moderna las Ideas se convierten en construcciones elaboradas por la mente, por el pensamiento. De este modo el objeto principal de estudio no es la realidad, sino el sujeto que intenta aproximarse a la misma.

DESCARTES

Nace en Francia, dentro de una familia aristocrática. Desarrolla su educación en el colegio jesuita de La Fleche. La educación que recibe se basa en la formación clásica y filosófica (Teología, Filosofía, Retórica) El estudio filosófico consistía en el análisis de las obras de Aristóteles. Se trataba de una educación muy rígida. Después de



terminar su educación en el colegio, entra al ejército con el cual recorre y conoce el mundo, algo que él considera muy importante para su educación. Muere en Estocolmo en 1650.

Los tiempos en que Descartes va madurando su pensamiento, son tiempos de confrontación y de estrepitosos derrumbes de creencias milenarias. El del sistema geocéntrico es, por cierto, el más espectacular de todos.

De poco le ha valido haber hecho sus estudios en una de las más célebres escuelas de Europa, La Fleche, y haber alcanzado allí una sólida cultura humanística; de poco le ha valido todo esto, si no ha logrado lo que es deseable antes que nada en la educación: Saber distinguir lo verdadero de lo falso; lo real de lo aparente.

Confiesa Descartes que al salir de esos años de bien disciplinada escolaridad “me encontraba tan embargado de dudas y errores que me parecía que, tratando de instruirme, no había obtenido otro provecho que el descubrir cada vez más mi ignorancia”.

La diversidad de opiniones, los vacíos, las contradicciones e, incluso, la manifiesta falsedad de tantas cosas tenidas hasta ese momento por ciertas, van formando en Descartes un estado de ánimo (una suerte de escepticismo) Del que sólo podrá salir, si es que esto es posible, emprendiendo la labor de pensar a fondo en la realidad de las cosas. “Comenzar todo de nuevo desde sus fundamentos”. y este pensar a fondo es la filosofía.

Firme en tal decisión, Descartes se propone de partida dos cosas: una negativa, como la ironía socrática, pero sin interlocutor; dirigida a sí mismo: deshacerse de todas las viejas opiniones y prejuicios. y una positiva: dirigir el espíritu la búsqueda de un criterio cierto que le permita distinguir, en cualquier caso, lo verdadero de lo falso, qué es lo que importa.

Empecemos por la primera de estas tareas que Descartes a enunciado: “deshacerme de mis viejas opiniones”. Pero, éste es todo un trabajo; no basta enunciarlo, y por un acto de voluntad, sin más, desembarazarse de las opiniones cómo nos deshacemos de una fotografía que no nos gusta en nuestro celular. Una opinión, Una creencia es algo que “se pega” a nosotros si no encontramos una fórmula válida, adecuada para sacarnos la de encima.



Descartes en su obra *Meditaciones Metafísicas* señala lo siguiente: “Pues, no basta haber hecho las anteriores advertencias: he de cuidar además de recordarlas en todo momento, ya que las viejas y comunes opiniones vuelven con frecuencia a ocupar mi pensamiento, pues el trato familiar y continuado que han tenido conmigo, les da derecho a penetrar en mi espíritu sin mi permiso y casi adueñarse de mi creencia.



Y como la atribución de falsedad es una razón más que suficiente para desechar una opinión (Nadie cree lo que estima falso), Descartes tomará frente a sus propias opiniones el siguiente criterio de selección: Dará por falsa. y por tanto desechará, cualquier opinión que no se presenta ante su espíritu como evidente o indubitable (términos que ya aclaré). Entonces, “basta para rechazar la que encuentren cada opinión razones suficientes para ponerla en duda”. y es esta entre las que se denomina

“duda metódica”. Y se denomina así, “metódica”, pues no se trata de una actitud o de un estado escéptico, sino más bien de una actividad: de la incertidumbre manejada por el entendimiento a fin de superarla (si eso es posible); se trata, en fin, de un procedimiento intelectual, de un método, a fin de alcanzar la verdad (si es que la hay).

Y este proceso intelectual no tiene por qué traer a juicio a todas mis viejas opiniones y a cada una de las cosas que he creído conocer; así jamás, daría término a una semejante empresa. “basta que dirija primero mis ataques contra los fundamentos sobre los que descansaban mis antiguos prejuicios”. “y así, la ruina de los cimientos traerá consigo la de todo el edificio”.

En resumen: Por medio de la duda metódica vamos a reprimir nuestra ingenua confianza ante el mundo. Vamos a exagerar, en cambio, la desconfianza al aplicar todos los disolventes de la duda a fin de probar qué resiste a este proceso teórico de disolución. Y si hay algo que resista todas nuestras dudas y objeciones, por más peregrinas que éstas parezcan, éste y no otro será el nuevo fundamento, el nuevo punto de partida de un pensamiento seguro de sí y no embargado por la duda y el error.



Aclarado cuál es el objetivo de la duda y la forma en que ésta ha de ser aplicada ya qué, Descartes se entrega a la obra de quebrantar los pilares en que parecía reposar su conocimiento. Y estos pilares son:

- a) **El llamado “conocimiento sensible”:** “todo lo que hasta ahora he recibido como más verdadero y seguro lo he aprendido de los sentidos y por los sentidos...”. sin embargo, nadie podría discutir que lo que conocemos por los sentidos es inseguro, subjetivo (para unos de una manera, para otros, de otra) y proclive a llevarnos a engaño. Y como no tenemos ninguna razón poderosa para confiaren ellos y, en cambio, más de alguna experiencia negativa respecto de su veracidad, “es prudente (concluye Descartes) no fiarse nunca por completo de quien nos ha engañado alguna vez”. Así, daré por falsa toda información que me llegue a través de los sentidos, puesto que, conforme al criterio que me he propuesto, basta que admita la más mínima objeción para que yo desee chequear información como falsa e ilusoria.

Sin embargo, se dirá, hay “realidades” tan próximas que no podría, al parecer, sensatamente poner las en duda, aun cuando reconozcamos que el conocimiento sensible nos engaña muchas veces. Por ejemplo, el hecho de que “estoy sentado aquí, junto al fuego, vestido con una bata, teniendo este papel entre las manos, y otras cosas de este modo”. ¿Cómo poner en duda esta realidad que “estoy viviendo”? “Empero, es de considerar aquí que soy un hombre y, por tanto, Que tengo costumbre de dormir y de representar en sueños estas mismas cosas... ¡Y cuántas veces me ha sucedido soñar de noche que estaba en este mismo sitio, vestido, sentado junto al fuego, etc., estando en realidad desnudo y metido en la cama!” (Descartes, Meditaciones I). Y de nada serviría a tocarme, pellizcarme para ver si estoy despierto: perfectamente puedo soñar que me tocó y me pellizco para probarlo. mientras sueño, mi relación con cosas y personas me parece ser tan real como esta relación en la vigilia. Y así como alguien que sueña está seguro de estar despierto, así también, otro, como Segismundo (que es el personaje de la obra “La vida es sueño” de Calderón de la Barca, por ejemplo, cómo estando despierto puede llegar a convencerse de que sueña. Por lo que parece que es imposible distinguir con criterios ciertos irracionales el sueño de la vigilia.



En resumen: Cualquier conocimiento, ya sea respecto del mundo, ya de mi propio cuerpo, obtenido mediante los sentidos, está muy lejos de ofrecer una evidencia alguna; por el contrario, podemos en alguna medida y en algún momento dudar de que la información sensible nos diga algo veraz. Por tanto, a este conocimiento lo daré, conforme al método que me he propuesto, como falso e ilusorio.

- b) **Con todo, esta duda parece encontrar un límite:** Pues, aun cuando parezca del todo legítimo dudar de que el mundo sensible mi propio cuerpo sean tal como me parecen, Y no sea del todo descabellado suponer que lo que parece vida real no es más que una sucesión de imágenes propias del sueño, debemos reconocer, sin embargo, que tales imágenes imita no reproducen algo no soñado o, por último, están compuestas de elementos tomados de la realidad. Es decir, Es preciso reconocer a lo menos que existe un tiempo, que existe un espacio, dimensiones, números, en fin, Cosas simples de las que estarían compuestas todas las cosas con qué sueño. Y, pensando en algunas de ellas, me parece imposible que sean distintas de como son, por ejemplo, que el triángulo no tenga 3 lados o que $2 + 3$ no sea igual a 5.

Pero, ¿no es posible que el Dios en el que creo haya querido que no existan ni la tierra, ni el cielo, ni cuerpo extenso alguno, ni magnitud, ni tiempo, ni número; que simplemente me haga creer que todo eso exista? Tal vez basta que Dios me de las ideas y, además, me haga creer que esas ideas corresponden a cosas, para que todo ocurra como si realmente hubiese un mundo. Dios es, al parecer, potente para hacerlo. Sin embargo, por otra parte, se me hace cuesta arriba pensar que un Dios, infinita bondad como se dice, puede dejar o puede querer que me engañe.

Y he aquí que Descartes arremete Contra el último y más decisivo puntal de todo lo que cree conocer.

He dicho que Dios no puede querer que me engañe, pero ¿en qué baso mis juicios sobre Dios, sino en la fe?

- c) Hagamos momentáneamente, **la suposición de que cuanto sea sostenido acerca de Dios es pura fábula y digamos que, sí es verdad que me engañó en lo que creo conocer respecto del mundo y de mí mismo, entonces, no existe un Dios creador y yo soy obra del azar o de la fatalidad.** Y mientras más imperfectos sea mi origen, Más



razones tendré para pensar que me engaño siempre y acerca de todo.

Llegados a este punto vemos que no puede haber razón para tener por cierta cosa alguna, ni siquiera aquellas que parecían más simples y evidentes.

Hemos supuesto, extremando nuestras dudas, que no hay cielo ni tierra e, incluso, que no hay Dios para ampararnos del engaño. Y, aun así, persisten algunas verdades, como la verdad ya citada de que 2 más 3 son 5, o que la recta es la distancia más corta entre dos puntos. Todo esto es verdadero aun cuando Dios no exista, aun cuando cosas tales como los números, los puntos, las líneas, sean “puramente mentales”.

- d) Terminemos ahora de extremar las cosas: imaginemos, para suponer ya la total impotencia de mi espíritu, que hay escondido en mí, trabajando en mi inconsciente y contra mí, una especie de **genio maligno**, “No menos astuto y burlador que poderoso, y que ha dedicado todas sus artes engañarme”. ¿y cómo podría defenderme de un ser tan poderoso y oculto que se empeña en mostrarme las cosas como no son, Incluso las más evidentes?

Y he aquí el primer descubrimiento cartesiano, La primera detención en su retroceso destructivo: frente a la posibilidad permanente y solapa del engaño, **tengo el poder también permanente y absoluto de suspender mi juicio, de no pronunciarme sobre todo aquello que no está en mi poder descubrir con la evidencia. y éste puede representar un gran bien mientras dure el estado de incertidumbre.**

En la primera Meditación Descartes señala los siguientes:
“...Consideraré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las demás cosas Exteriores son solo ilusiones y sueños de que el genio maligno hace uso, Como de otros tantos cebos, para captar mi credulidad; me consideraré a mí mismo como si no tuviera manos, ojos, carne ni sangre, cree que sin tener sentidos, doy falsamente crédito a todas esas cosas; y permaneceré obstinadamente aferrado a este pensamiento y, por si tales medios



no llego a poder conocer al menos una verdad, por lo menos está en mi mano al suspender el juicio. Por lo cual, Procuraré con gran atención no dar crédito a ninguna falsedad, y prepararé mi ingenio también contra las astucias de ese gran burlador, que por muy poderoso que sea, y sagaz, nunca habría de temerle.”

Y en la segunda Meditación:

“Quiero suponer que todas las cosas que veo son falsas; estoy persuadido de que nada de lo que mi memoria, atiborrada de mentiras, me presenta ha existido jamás; pienso que no tengo sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, El movimiento en el lugar son fantasías de mi espíritu. ¿qué es lo que ciertamente podrá estimarse verdadero? Acaso solo esto: que nada hay de cierto en el mundo.”

Hasta aquí hemos examinado la existencia de las cosas del mundo. respecto del sujeto mismo que duda, de nosotros, que estamos dudando, no encontrando ningún fundamento serio en sentido contrario, hemos negado que posea sentidos, o cuerpo alguno. ¿Qué es, entonces, ese sujeto? Yo... ¿soy algo? ¿Un fantasma inconsistente? ¿O también llegare a persuadirme de que yo no soy? Pero, esto es inconcebible, incluso suponiendo que hay un genio maligno que me engaña, pues debo ser algo para que me engañe. Debo ser algo por más que dude de mi propio pensamiento, Porque mientras dudo, sigo pensando y si pienso, soy algo: existo. Por tanto, hay algo indubitable entre todas mis opiniones: que yo existo mientras pienso. nada se todavía de mi cuerpo, nada de mis actos físicos; estos pueden existir o no existir. lo que sé ahora con certeza es que mi pensamiento o alma es algo distinto e independiente de todo cuanto he negado, que el pensamiento es, entonces, el atributo inseparable de mi ser. **Yo soy una cosa que piensa.**

Lo importante, lo definitivo para la filosofía moderna es justamente el hecho que el punto de partida, lo inmediatamente indubitable y en lo cual deberá fundarse todo conocimiento, es un hecho de conciencia, un hecho subjetivo. Por esta razón, se ha llamado “subjetivismo” la filosofía de Rene Descartes.

Tenemos, pues, finalmente, el punto de partida, la verdad indubitable del “yo pienso”. de esta verdad desprenderá Descartes estas otras dos verdades:



- ✚ la realidad de Dios.
- ✚ la realidad del mundo.

PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Hemos visto que todas nuestras antiguas creencias, tomadas una a una, pueden ser sometidas a la duda y por una u otra razón rechazadas como falsas opiniones. Salvo ésta: que por más que dude de todo y niegue cualquier realidad, o la realidad en su conjunto, es indubitable que existo yo, que las pongo en duda o las niego. Descartes ha dirigido, como lo hiciera Sócrates con los ciudadanos “más sabios” de Atenas, preguntas demoledoras a lo que pareciera más sólido y digno de confianza de la creencia humana, aquellas cosas de las que habitualmente jamás se nos ocurre poner en duda su existencia. la ganancia de esto ha sido solo un punto menos decepcionante que la del maestro griego. **sólo sé, podría haber dicho Descartes, qué pienso.** Y de esto no puedo, razonablemente, dudar.

Y mientras las cosas no parecen evidentes en absoluto en ellas mismas, el pensamiento, en cambio, se fundamenta a si mismo (es auto fundante), puesto que no necesita de otra cosa para hacer ni ser justificado. Ahí está, y cada vez que intento ponerlo en duda, me confirma su existencia.

Debo aceptar, por el momento, y **de acuerdo al método** que me he dado, que todo lo demás: Dios, cielo, tierra y cosas de esta tierra, etc., son “cosas pensadas”, mientras no pueda demostrar con evidencia que, además de pensadas, son cosas reales.

Y esto que se propone Descartes: demostrar la existencia de Dios y del universo material a partir de la realidad de una conciencia, Define un nuevo modo de ser del hombre occidental, define los tiempos modernos.

Volvamos a nuestro argumento. habíamos quedado en este punto: todo, salvo mi pensamiento, voy a colocarlo por el momento en una especie de paréntesis intelectual, mientras no encuentre razones suficientes para devolverle mi confianza. Sin embargo, no puedo negar que veo el sol, ni negar tampoco que siento su calor, ni que lo juzgo a una gran distancia de lo que llamo “mi cuerpo”. Antes he afirmado esta verdad inmovible



“yo pienso”. Ahora descubro que hay diversos modos por los cuales pienso: ver, sentir, juzgar, imaginar; así como estos otros: afirmar, negar o, lo que había estado haciendo hasta ahora, dudar. Y ahora que he realizado este descubrimiento pondré mucho cuidado en examinar todas estas formas de pensamiento, sin que esto vaya a significar pronunciarme sobre la realidad del Sol, la realidad de su calor o en la realidad de las distancias entre cuerpos meramente pensados. Mantendré sumo cuidado en tratar todas éstas como “cosas meramente pensadas” y nada más.

Y si habitualmente he creído que existe el sol porque lo veo, ¿con cuánta más evidencia se sigue que yo existo puesto que soy yo el que ve el sol? puede suceder que lo que yo veo no sea efectivamente el sol y “puede suceder también que ni siquiera tenga ojos para ver cosa alguna; pero no puede suceder que cuando veo o cuando pienso que veo (no distingo entre ambas cosas) yo, que pienso, no sea alguna cosa.”

Voy a dirigirme ahora a mis propios pensamientos, sin hacer caso si les corresponde o no algo real, a fin de conocerlos mejor y de poder ordenarlos según sus diversos modos de ser.

Entre mis pensamientos hay algunos que antes me parecían como imágenes o representaciones de las cosas en que creía. Y a este género de pensamientos es al que voy a llamar en forma más estricta “ideas”. la idea de tal persona, la idea de aquella cosa, la idea de un triángulo, etc. En todo caso, me parecía antes que algunas de estas ideas, por el hecho de ser representaciones, eran como copias de las cosas reales.

Mirando ahora con atención en qué consiste mi pensamiento veo que también suelo combinar esas ideas y que al hacerlo realizo un nuevo modo de pensar. Por ejemplo, combino la idea de “hombre” con la idea de “mortal” y digo “el hombre es mortal”. Lo nuevo que ha ocurrido es que al combinar las ideas afirmo la realidad de la combinación, es decir, afirmo que hay una realidad que es el hombre y que esta realidad es mortal. O lo niego. una cosa es, pues, representarse meramente algo y otra afirmar (o negar) que eso es tal o cual cosa. A estos actos de negación y de afirmación, propios de mi pensamiento, los llamo **“juicios”**. Se comprende que, por el momento, siguiendo el método que me he dado, tampoco me pronunciaré acerca de si la realidad enjuiciada es tal como la enjuicio y ni siquiera si existe una tal realidad. Sin embargo, puedo adelantar que la causa de mis antiguos errores estuvo no en tener ideas,



sino en afirmar o negar una cosa de otra, enjuiciar las cosas, y que ahora mientras suspenda todo juicios sobre ellas nada ni nadie podrá engañarme.

Volvamos al primer género, al de las ideas. Hay unas que las he considerado siempre como nacidas conmigo (las **ideas innatas**); otras, como provocadas por una causa fuera de mí (las **ideas adventicias**); y una tercera especie de ideas: las que creía inventadas libremente por mi fantasía (**ideas ficticias**).



Siempre he creído, por ejemplo, que la idea de “centauro” es algo que yo mismo me he forjado combinando o fundiendo otras ideas; y que no ha habido nunca nada exterior a mí, semejante a un centauro. Me ha parecido, en cambio, que las ideas de “hombre” y de “caballo” provienen de algo real que existe fuera de mí, que causa la idea de “caballo” o de “hombre” y que ese objeto externo es semejante a la imagen o idea que causa (aunque no sé cómo podría haber comprobado que la idea era semejante a la cosa que conocía mediante ideas y sólo mediante ellas). Finalmente, he creído que la idea de “número” o la idea



de “infinito” no pueden provenir de algo que haya experimentado como fuera de mí y que tampoco es posible que las haya libremente forjado, pues no parece estar en mi poder pensarlas de otro modo. He creído, pues, que tales ideas han estado siempre conmigo, que son connaturales a mi espíritu (innatas).

Pues bien, entre las ideas que creo que son connaturales a mi espíritu poseo la de una sustancia infinita, inalterable, eterna, inmutable, causa, además de todas las sustancias finitas que conforman el mundo. En otras palabras, **poseo la idea de un Dios**, aun cuando nada sé hasta el momento de su existencia. Me pregunto, ahora, de dónde podría provenir una idea semejante. He afirmado que se trata de una idea innata, lo que significa, simplemente que no proviene de la experiencia que creo tener de las cosas (idea adventicia), ni que tampoco es una idea que pueda formarme a mi antojo, diciendo por ejemplo que es la idea de un ser finito o imperfecto. Mientras más pienso en esta idea que tengo de Dios, más me convenzo de que ella no puede tener su origen en mí, pues es racionalmente imposible que una sustancia que vacila y duda, como me sucede, que una sustancia limitada y finita, como soy yo, pueda ser causa de algo que encierra tantas perfecciones, como la idea de Dios. Y es totalmente racional para mi espíritu, que no puede haber menos realidad ni menos perfección en la causa total de algo que en su efecto. Así la idea tiene que haber sido provocada en mí por algo verdaderamente infinito: Dios mismo, y, por tanto, es indudable que Dios existe.

Pero, examinemos todavía esta idea de Dios, no ya en relación a las otras ideas o en relación a su origen. Examinémosla en sí misma. He dicho que poseo una idea de un ser absolutamente perfecto, Dios. Pero si realmente he de pensar en un ser absolutamente perfecto, debo pensarlo como existente, ya que nadie podrá afirmar racionalmente que haya perfección, ni mucho menos, absoluta perfección, en algo que no existe. Así me resulta imposible pensar la perfección separada de la existencia. Por tanto, **debo concluir que Dios existe**. Esta necesidad está en la idea misma de Dios, que es un ente perfecto, por lo que yo no soy libre de concebirlo sin existencia, como no soy libre tampoco de concebir un triángulo cuadrado.

Este segundo descubrimiento es de la máxima importancia, pues la existencia de Dios me llevará a muchas otras verdades que, hasta el instante, faltándome un fundamento cierto, no había sabido reconocer.



En primer lugar, acerca de mí mismo, en cuanto sustancia espiritual, pensante, ahora puedo decir que no provengo de mis padres, quienes solo han engendrado mi cuerpo; por otra parte, sería desatinado pensar que yo sea, en cuanto a espíritu, algo así como hijo de mí mismo, pues en tal caso me habría dado las perfecciones intelectuales que no tengo y un conocimiento cierto de mí y de todas las cosas. Y como también sería absurdo pensar que provengo de la nada, debo deducir que la causa de esta sustancia finita, que posee en ella la idea de un ser espiritual infinito es justamente este último ser, del cual llevo como la marca en la cera su huella en mi espíritu.

En segundo lugar, es manifiesto que la sustancia absolutamente perfecta, cuya existencia he mostrado clara y distintamente, no puede engañarme. La luz natural me muestra como indubitable que en el engaño o en el fraude existe una forma de imperfección.

LA REALIDAD DEL MUNDO

Dado que Dios no puede engañarme, la causa de los errores e ilusiones de que soy víctima con frecuencia, reside en el empleo que hago de mis propias ideas. Volvamos, pues, a examinarlas.

Veo en primer lugar, que mientras las examino no puedo equivocarme ni caer en ilusión alguna: por ejemplo, mientras examino la idea de color rojo no puedo equivocarme respecto a que vea un determinado color; o cuando siento frío, no puedo equivocarme respecto a lo que siento verdaderamente. Sin embargo, surge la posibilidad del error, de la réplica o de la confrontación de opiniones cuando afirmo que existe el color rojo en la realidad o cuando digo simplemente “hace frío”; Pues alguien podría responderme que el color rojo que atribuyo a la realidad es algo que pasa en la retina de mis ojos o que es falso que haga frío, o que no es el caso que haga ni calor ni frío, y que es el cuerpo humano el que lo siente según su propia capacidad térmica, etc. En resumen: como ya vimos, la posibilidad del error empieza cuando afirmo o niego algo de algo: en el juicio. Y comparando mi posibilidad concreta de entender y conocer, veo que está muy limitada respecto de esta otra posibilidad abierta de afirmar o negar cuanto se me ocurra. Por lo que deberé usar esta última con la mayor prudencia y en consonancia con lo que se presenta a mi



espíritu muy clara y distintamente. Procediendo así, ya abandonada la hipótesis excéntrica de que Dios puede engañarme, tampoco voy a engañarme a mí mismo a causa de una voluntad precipitada que se extralimita en su poder y se pronuncia sobre cosas que no conoce.

Y si bien es cierto que podría quejarme de que Dios me ha privado de la facultad de no errar jamás, al menos, debo reconocer que ha dejado en mi poder otro medio, que es el de mantenerme firme en la resolución de no dar nunca un juicio sobre cosas que no conozco sobre cosas oscuras y confusas.

Voy a tomar, pues, la siguiente precaución: **daré por verdaderas sólo aquellas ideas que se me presentan con estos dos rasgos que hasta ahora sólo hemos nombrado sin describir mayormente: claridad y distinción.**

Claro es para Descartes un conocimiento o una idea presente y manifiesto a un espíritu atento. Se contrapone a conocimiento **oscuro**. Es **distinto**, en contraposición a **confuso**, un conocimiento “preciso y totalmente diferente de los demás”.

Resulta importante anotar el giro que toma la filosofía con Descartes desde este momento: **la verdad ya no va a buscarse en la experiencia con las cosas del mundo. La verdad es una propiedad del pensamiento: concretamente, de las ideas que, miradas en sí, nos muestran algo claro y distintamente.** El método que inaugura Descartes, y que ha aplicado en su duda metódica, consiste en ir descomponiendo las ideas complejas en sus elementos más simples hasta alcanzar la claridad y distinción en cada idea, que garantiza su verdad. Esta es la instancia analítica del método cartesiano (reducir gradualmente las proposiciones intrincadas y oscuras a otras más y más simples). Luego, con las ideas simples separadas en el análisis, reconstruir, enlazar nuestro conocimiento en un todo que no admite ni lo confuso ni lo oscuro.

Volvamos al análisis de los géneros de ideas antes enumerados: innatas, ficticias, adventicias. A estas últimas, Descartes, las ha llamado así porque creía que su causa se encontraba fuera del pensamiento, independiente de la voluntad. Pero también creía antes de someter sus creencias a la duda metódica, que todas las cosas materiales son tales como nos las representan las ideas que de ellas tenemos en el espíritu.



Respecto de la primera opinión, hay razones para aceptar que las ideas adventicias provengan de, o tengan por causa, una realidad que no es el pensamiento y que tampoco es Dios.

La primera de esas razones es que nada hay en tales ideas adventicias que se refiera o presuponga mi pensamiento; La otra razón es que la aparición y desaparición de tales ideas del campo de mi conciencia no depende de mí conciencia, sino de la misma realidad que designan. Estas son las razones en contra por lo que respecta a la posibilidad de que provengan de mi propio pensamiento.

Es, por lo demás, improbable que su causa sea Dios, pues, no habría razón por la cual Dios quisiera engañarme mostrándome un universo inexistente. Es, por tanto, razonable pensar que las ideas adventicias sean causadas por objetos externos.

Ahora, respecto a la segunda opinión aun aceptando que las ideas adventicias están causadas por los objetos externos, no tendríamos por qué sacar la consecuencia que han de ser semejantes a ellos. Por el contrario.

Suspendido el juicio sobre mis antiguas creencias, analicemos más de cerca ahora estas ideas que nos advienen (las ideas adventicias): son las ideas que, de una manera general, se refieren a lo que llamamos con una palabra “mundo material externo”, mundo que percibimos con y por los sentidos, que vemos y tocamos.

Y como cualquier objeto del mundo material externo es un representante de él, tomemos como materia de nuestro análisis este pedazo de cera que tenemos frente a nosotros: “acaba de ser extraída de la colmena y no ha perdido aún su dulzura de miel que guardaba; conserva algo de aroma de las flores de que ha sido hecha; son visibles su color, su figura, su tamaño ; es dura, fría, manejable y, si se le golpea, produce un ruido característico”. Pero, qué sucede si la someto a una suerte de “duda material”, es decir, empiezo a someter a la “prueba de fuego” las características que más parecen pertenecer a esa cosa. Acerco el trozo de cera a la chimenea. Entonces, lo que quedaba de sabor se consume, el olor se evapora, el color varía, la figura desaparece, el tamaño aumenta, lo sólido se hace el líquido, lo frío se calienta; Apenas si puede ya manejarse y, si la golpeo, no dará ya sonido alguno. ¿Sigue siendo la misma será después de tal transformación? Hay que reconocer que sigue siendo la misma; nadie lo duda, nadie juzga lo contrario. Pero



el ser de ese trozo no consistía en nada de lo que me había parecido ver en él (color, forma, tamaño, etc.) pues todo aquello ha cambiado o se ha destruido y, sin embargo, la cera permanece. ¿Qué es lo que permanece? Lo que permanece en medio de todos los cambios sensibles, lo que es ineliminable en ese ser material es su extensión. La cera es un ente extenso, es decir, un ente que posee y no puede dejar de poseer, mientras existe, longitud, latitud y profundidad. Y es de este carácter suyo esencial que se derivan su figurabilidad (la posesión de una figura geométrica), su divisibilidad, su número, etc. Todos estos datos, claros y distintos deben, por tanto, pertenecer a un ser real: a la sustancia extensa.

Así tenemos, por una parte, la **sustancia pensante**, (res cogitans) al “yo pienso”, indivisible, inespacial, garante de sí mismo y de toda verdad. Tal sustancia, por el hecho de dudar, revela su ser limitado, finito. Ahora bien, de una tal constatación se desprende, como hemos visto, que no ha podido darse ella misma el ser (puesto que se lo hubiese dado perfecto e infinito). El “yo pienso” ha recibido, por tanto, el ser de una **sustancia espiritual infinita** (res infinita) que llamamos “Dios”.

Y tenemos, por otra parte, la **sustancia extensa** (res extensa) espacial, divisible, continua, una sola en todas sus manifestaciones: la naturaleza. Sin embargo, tampoco la naturaleza puede darse el ser a sí misma, por lo que también es una sustancia creada.





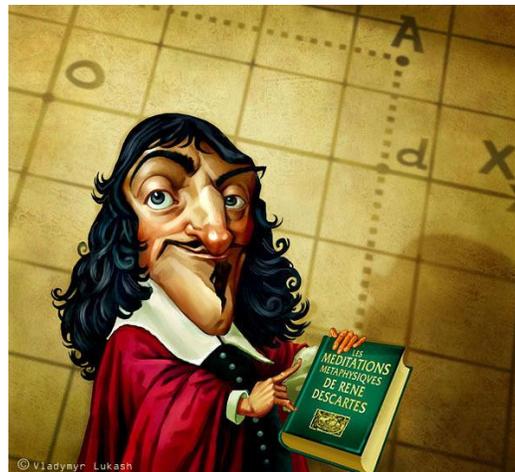
Tenemos, por último, lo que es primero **en el orden del ser**, esto es, la sustancia infinita, Dios, que ha dado el ser y mantiene en el ser a las otras dos sustancias.

EL HOMBRE

La filosofía cartesiana se inició como exigencia de una reconquista de la subjetividad: de la potencia del pensamiento individual se pretende hacer surgir el criterio de verdad de todas las cosas y la reconstitución de todo el saber. Así, el hombre, pese al destronamiento astronómico cumplido por Copérnico y Galileo, recupera por el lado de la filosofía, el centro de todo lo que es.

Ni Dios ni el universo pueden arrebatarse al individuo la responsabilidad de ser él, o su pensamiento, el único punto de partida legítimo, el fundamento de toda verdad.

- ✚ No puede arrebatárselo Dios, puesto que si bien es cierto que Dios se me revela como algo infinito y creador de todo lo que es finito, incluso creador de mi pensamiento, es mi pensamiento el que lo demuestra a partir de la realidad primera e indubitable de que “yo pienso”.
- ✚ Lo mismo sucede con las cosas: mucho más y más adecuadamente las conocemos por una inspección de nuestro espíritu que por la experiencia sensible que de ellas tenemos.





EL DUALISMO CARTESIANO

El hombre está constituido de 2 realidades:

- ✚ Por una parte, por **el espíritu**: yo soy una sustancia que piensa;
- ✚ Por otra, por **mi cuerpo**: poseo un cuerpo, por el que estoy en medio del mundo material.

Pertenezco, pues, a dos reinos del ser que no parecen tener una medida común: al Reino del pensamiento, inespacial, indivisible, etc., y a la materia corporal, espacial, divisible, etc. Estos dos reinos, unidos en algún punto, forman el todo individual que es el hombre.

Ahora bien, en la medida en que el hombre participa de la realidad material, conoce esta realidad sensible: por medio de los ojos, del tacto, del oído, etc., y la conoce para los fines de conservación y goce de su propio cuerpo. Los sonidos, los colores, los olores son señales para nuestro cuerpo de lo que debe evitar o buscar. Son cualidades sensibles (subjetivas) por las que nuestro cuerpo reconoce las cosas y se mueve entre ellas. **Pero estas cualidades sensibles más expresan el ser del sujeto receptor que el de las cosas.** Pertenece al ser propio de las cosas, aquello que podemos conocer clara y distintamente en ellas: su movimiento, su número, su figura. Podríamos llamar “geométricas” a estas propiedades. Y ya hemos visto que de ellas poseemos ideas depositadas desde siempre en el espíritu, es decir, las ideas innatas.

Así, pues, parece no sólo que Dios no quiere engañarnos, como llegamos a suponer en un primer momento, sino por el contrario, ha dado al pensamiento humano los medios necesarios para no equivocarse, siempre que se atenga a un uso adecuado y prudente de su poder de juzgar.



REGLAS PARA LA DIRECCIÓN DEL ESPÍRITU

Desechada la experiencia sensible como confusa e inadecuada, Descartes describe los dos modos reales de conocer:

En primer término, **la intuición**, que la define como la concepción de un espíritu atento, tan distinta y clara que no quede ninguna duda sobre lo conocido: así cada cual puede intuir que existe, que está pensando o que un triángulo está limitado por 3 líneas o que una esfera no tiene nada más que una superficie, etc.

En segundo lugar, tenemos **la deducción**. Se opera por deducción cuando de una cosa de la que tenemos un conocimiento cierto se extraen necesariamente algunas consecuencias.

Lo importante es, por lo visto, tener firmes algunas evidencias (intuiciones) como, por ejemplo, la de que existo mientras pienso, a partir de las cuales se extraerá las consecuencias que van a constituir en definitiva un saber sistemático y estructurado. Para alcanzar estas intuiciones primeras, básicas, Descartes propone algunas reglas, cuya aplicación podemos reconocer en parte en el trabajo que hemos venido haciendo a propósito de nuestra duda metódica:

- I. Regla: no admitir como verdadera cosa alguna que no la reconociese con evidencia como tal, es decir, debemos evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y evitar además de no comprender en mis juicios nada más que lo que se me presenta tan clara y distintamente a mi espíritu que no tenga ocasión alguna a ponerlo en duda.
- II. Dividir cada una de las dificultades que examinará en tantas partes como se pudiera y requiera su mejor resolución.
- III. Conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más compuestos, e incluso, suponiendo asimismo un orden en aquellos que no preceden naturalmente unos a los otros.
- IV. Hacer en todo enumeraciones tan complejas y revisiones tan generales, para estar seguro de que no he omitido nada.



Es muy clara la cercanía que hay entre estas reglas, por una parte, y el modo analítico de proceder de los geómetras y, por otra, el método analítico de la nueva física (me refiero especialmente a Galileo, con su método resolutivo).

La filosofía moderna se inicia con un carácter eminentemente subjetivista. Y ya podemos comprender en qué consiste este carácter. Sin embargo, el subjetivismo cartesiano está regido, controlado por un **método**, y por las reglas que hemos conocido, que dan además a esta filosofía un sello marcadamente racionalista.

